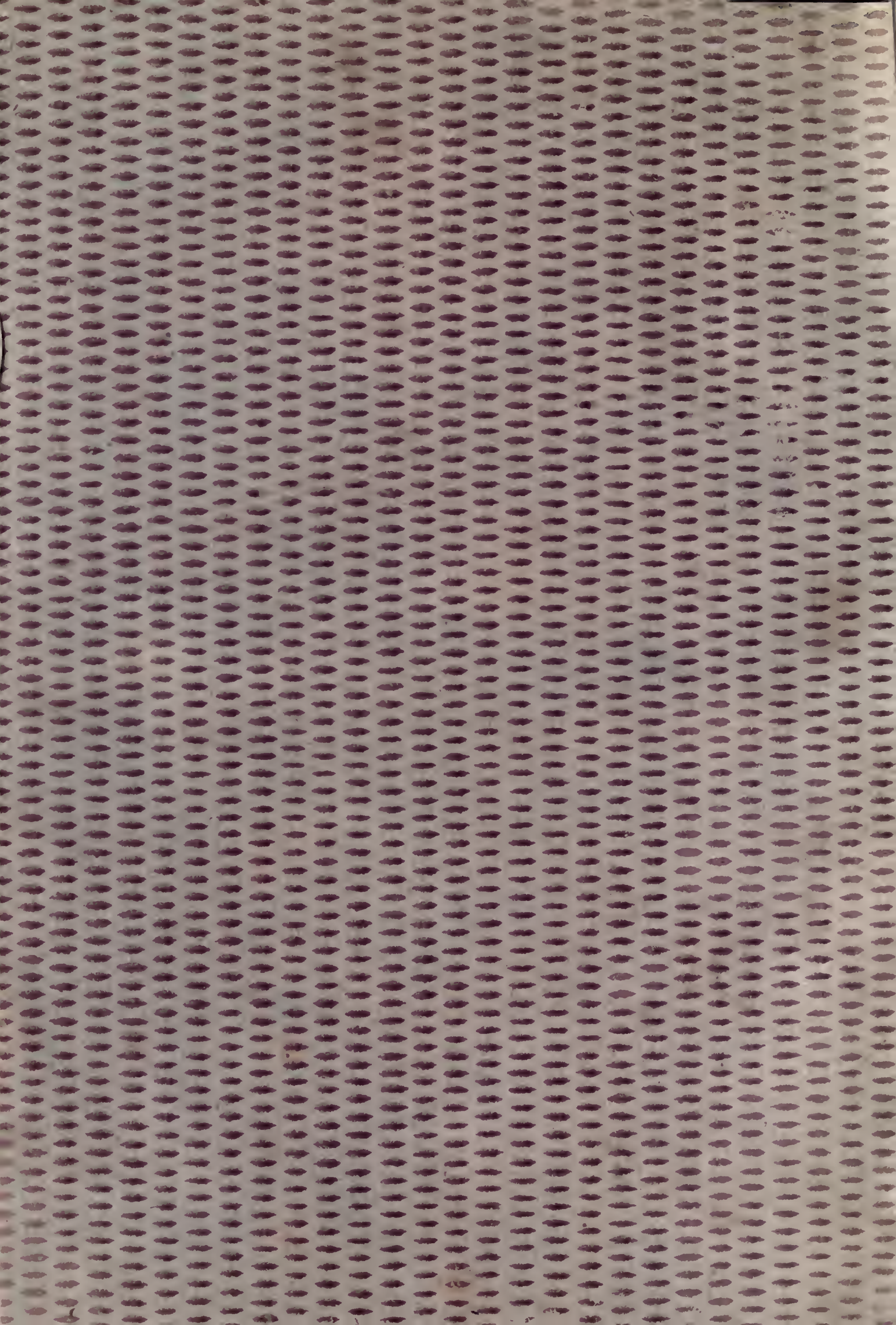
BOLETIN OFICIAL
DE GUATEMALA
Y MISCELANEA



Exmo Señor D. Jose del Valle..

1825

MANIFESTACION

DEL CIUDADANO

MANUEL DE MIER Y TERAN,

AL PUBLICO.

JALAPA.
IMPRENTA DEL GOBIERNO,
AÑO DE 1825.

Me hallo en la precision de ocupar al publico de un asunto que no trayéndole utilidad alguna, debe serle repugnantísimo por todos sus aspectos: no temo, sin embargo, que recaiga sobre mí su desagrado, porque esclusivamente corresponde al obstinado motor de esta odiosa querella, que prevalido de mi moderacion hace alarde de haber triunfado su audacia sobre mi reflecsivo silencio. No quisiera que se corriera el velo que debia apartar para siempre de la vista de hombres racionales ciertas escenas escandalosas de nuestra revolucion, no porque yo sea el que deba comparecer en ellas con la actitud mas vergonzosa, sino porque se interesa en cierta manera el decoro nacional en que un movimiento que al fin nos condujo al goce de la independencia y la libertad, no ofrezca irregularidad ninguna que lo haga deforme y poco digno de tan noble obgeto. Pero estas ideas no son las de mi agresor, quien no solo retrocede sobre un camino ya pasado à recrearse con los funestos vestigios que ha dejado una tormenta, sino que al presentarlos de nuevo à la contemplacion del mundo, los pinta aun mas horrorosos, tomando el ausilio de la impostura y la calumnia, que son sin duda instrumentos eficaces cuando se manejan sin oir los clamores de la propia conciencia, y desprendido de las consideraciones de lo que el hombre se debe à sí mismo.

Hace mas de un año que D. Juan Nepomuceno Rosainz imprimió en Puebla un folleto con el título de *Relacion histórica*, en que alterando los hechos mas notorios, inventando otros, y suprimiendo acaso los mas necesarios, pretende justificar la conducta que observó cuando figuró en la revolucion con el título de teniente general, à que de improviso fué promovido siendo secretario del señor Morelos. Por supuesto que un designio tan arduo como le de justificarse, debia poner à Rosainz en la necesidad de valerse de los esfuerzos mas violentos; pero aun con ellos el héroe de aquel desastroso romance se describe con rasgos muy caracterizados; y el estilo, la fuerza, la eleccion de las voces, manifiestan

que el autor es el mismo hombre de la *palma del terror*, *del socucho de Tehuacan*, *el incendiario de San Andres*, *y el digno rival del terrible Arroyo.* Yo no sé si únicamente porque en aquel furibundo escrito soy tan vejado, me he llegado à persuadir que el suceso del desgraciado Arrollave no necesita comentario. Me parece que allí se ve un asesino, profiriendo cuanto hay de mas absurdo para ofuscar el espanto que debe causarle una víctima sacrificada; y que cuanto dice por disculpa, no sirve mas que para insultar à la moral y la razon de los hombres. Pero mi designio actual no es rebatir aquel folleto, porque este no es el tiempo ni el lugar en que lo puedo emprender con los ausilios que necesito y he dejado en la capital: ni aun la relacion tengo à la vista. Baste decir que por alguna de las innumerables falsedades que contiene, se ha suscitado una discusion entre el señor D. Cárlos Bustamante y Rosainz, lo que ha dado lugar à que este en el número 297 del periódico titulado *Aguila megicana*, me trate aun con mayor descomedimiento que en su fabulosa relacion, y me ofrezca con insulto un perdon del todo innecesario, para una accion que será aprobada eternamente por los hombres de bien y que se interesen en que ya que en la tierra se encuentran monstruos, se deben reducir à la impotencia de afligir à la humanidad. La accion de que hablo, es la de haberlo depuesto del mando de las tropas de Tehuacan, y con las causas que hubo para ello, haberlo remitido à disposicion del señor Morelos, de cuyo suceso me propongo enterar al público.

Nada sé de las ocasiones en que dice Rosainz que sin ser militar dió muestras de un valor distinguido: en lo que sí estoy cierto es que en el egército del señor Morelos ó del Sur, en que serví de muy subalterno, no teniamos noticia de tal hombre, hasta despues de la toma de Oajaca, en que se me ascendió de simple teniente à teniente coronel y comandante de la artillería y con mi nuevo empleo se me proporcionó el trato de los demas gefes y algunos generales, entre los cuales me pude imponer de la mala reputacion de Rosainz, à quien no conocia personalmente, pero se le imputaba el estravío de los intereses de un hombre acaudalado llamado Larrazabal, en cuya casa se decia que estaba alojado. Si esta imputacion no fué cierta, Rosainz tuvo la desgracia de que se estendiera, y con ella la mala idea de su persona que era consiguiente. Yo fuí destacado con el mando de una division à la costa de Jamiltepec, donde no tuve motivo para oir hablar de Rosainz. En esta ocasion supone este que falté al respeto al general Morelos, rehusándome à quemar los pueblos y à diezmar à sus habitantes; pero nunca me

probará que haya recibido órden de aquel caudillo, y el hecho es cierto en cuanto al gobernador de Oajaca, à quien efectivamente dí una contestacion que por otros motivos pudo no agradarle, pretendiendo aquel tenerme à sus órdenes, cuando à mí se me habian dado para no recibirlas sino del general Matamoros. La órden, por otra parte, no creo hasta ahora que haya sido de aquel general, porque está en contradiccion con su conducta clemente; à menos de que, con tener à Rosainz de secretario, no haya sido inducido à tal víolencia. Estos acaecimientos han ocurrido el año de 1813, y todos saben el horroroso desastre que sufrió el egército del Sur à fines de dicho año en las acciones de Valladolid y Puruarán, en que perdimos, no solo el fruto de las anteriores victorias, las posiciones mas importantes y todo el material de nuestro egército, pero lo que fué mas sensible, la organizacion de este, su constitucion moral, formada con inesplicables afanes de su caudillo Morelos, y los generales que únicamente podian repararnos de tantas desgracias. Digo los generales, pues aunque solo el señor Matamoros, que era el segundo en el mando, fué sacrificado inhumanamente por el enemigo, pero à consecuencia de los reveses que quedan indicados, el señor Morelos tambien dejó de ser general del egército deshecho, menos en el nombre, apareciendo en la revolucion con distintas funciones de diputado por Monterey, de gobernante y de comandante en gefe de tal cual espedicion reservada à su ascendiente superior sobre las tropas que nunca llegó à estinguirse. A estos desgraciados sucesos y mudanzas importunas, originadas de causas que no es del caso manifestar, se debe atribuir el nacimiento de la fatal discordia y destructora anarquía que consumó la ruina de aquel egército valiente.

Cuando pasaba todo esto me hallaba en la provincia de Oajaca con una corta division, encargado por el señor Morelos de observar al enemigo en Puebla, y dispuesto para marchar à Tehuantepec si los enemigos de Goatemala abanzaban por esta parte. Con este obgeto se me hizo retroceder desde Chilpancingo, hasta donde llegué en marcha para Valladolid. Situado pues en Huajuapan, como en el lugar mas à propósito para mi destino, supe la derrota del egército à que pertenecia; y suponiendo dificil la comunicacion ulterior con los gefes que me habian dirigido hasta allí, me puse inmediatamente à las órdenes del gobernador de Oajaca, para facilitarle, cuanto de mí dependiese, la defensa de esta ciudad. Dí parte de este paso al señor Morelos, quien me anticipó una órden en términos muy lisongeros para mí, previniéndome en substancia la determinacion que yo habia tomado. En tal estado de co-

sas, se presentó à la frontera que guardaba el general Rayon, despachado con facultades amplísimas por el Congreso de Chilpancingo para reunir y disponer de cuantas fuerzas encontrase: es de advertir que cuando se instaló el Congreso y se dió à reconocer al señor Morelos por generalísimo, se previno à todo el egército que por conducto de este supremo gefe se le habian de comunicar todas las órdenes que emanasen de las altas autoridades. Este requisito faltaba evidentemente à los despachos del general Rayon, por lo que me limité à recibirlo como correspondia à su dignidad y à la reputacion que habia sabido adquirirse en el egército patriota; y en cuanto à ponerme à sus órdenes, eludí el mandato hasta que el gobernador de Oajaca, à quien dí cuenta, me lo previno con oficio y con el egemplo de someterse él mismo. Libre ya de toda responsabilidad posterior, nos pusimos todos en campaña; pero habiéndose hecho imposible la defensa de Oajaca, por las fuerzas solas que pudo reunir el general Rayon, quedando por varios accidentes las demas que estaban situadas entre Tlapa é Izúcar cortadas, dispersas, y al fin acabaron por ser batidas, el obgeto nuestro se redujo à salvar cuanto se pudiese de aquella ciudad, y à preservarnos de una total derrota. Cuando mas afanados nos hallábamos en rechazar al enemigo, que con fuerzas muy superiores se nos presentaba á cada paso, dando lugar esta persecucion incesante à encuentros y acciones diferentes en que era imposible aspirar à la mas mínima ventaja, supimos con la mayor sorpresa que el secretario Rosainz, ascendido de un vuelo y por el capricho mas estravagante de la ciega fortuna à teniente general, empleaba la autoridad de su nuevo empleo y los recursos que este le daba en contrariar abiertamente las operaciones y miras del general Rayon. Yo no tengo todos los pormenores de esta oposicion hostil de Rosainz, porque reducido à mi clase de subalterno inseparable de la poca tropa que nos habia quedado en aquellas circunstancias de angustia en que no nos era permitido descansar veinte y cuatro horas ni en lo mas recóndito de la sierra, apenas me quedada tiempo para recibir las órdenes del general y partir inmediatamente à entender en todo el pormenor de su egecucion: los embarazos en que nos ponia Rosainz, los entendí mas bien por los hechos que por esplicacion ninguna de mi gefe: lo que está fuera de toda duda es, que desde Huajuapam, en la provincia de Oajaca, hasta Omealca, en el distrito de Córdova, que fueron los términos distantes que nos obligó à recorrer el enemigo en aquella dificil retirada, no observé ni en el general ni en ninguno de los que componian aquella brava y desgraciada division la menor irregularidad que

pudiese provocar ó servirle pretesto à la conducta pésima que esperimentábamos en Rosainz: empujados diariamente por el enemigo; embarazados con nuestros pertrechos y equipages, y con otra porcion de efectos que teniamos empeño en conservar, haciendo frente cuando no habia otro arbitrio, y violentando las marchas cuando podiamos, ibamos con direccion à la Costa para ser sostenidos y ausiliados por las fuerzas patriotas, que eran las únicas reliquias de nuestro egército que quedaban intactas. El obstinado Hevia no habia conseguido hasta allí darnos alcance; pero sublevados los americanos contra nosotros por las incendiarias proclamas de Rosainz, y saliendo este por Huatusco al frente del camino que debiamos tomar, puso al general Rayon en el estrecho de batirse con grande desventaja. Supongo cierto cuanto decia Rosainz que tenia órdenes para contrariar las operaciones del general Rayon; pero ¿la tenia para unir su accion à la del enemigo y contribuir à la derrota de una tropa, interponiéndose como un subalterno de Hevia en el único camino que nos quedaba? Esta fué la primera hazaña del nuevo teniente general.

No se donde he leido (1) que uno de los heroes de Troya que veia à todo su bando sumergido en las tinieblas que le causó Júpiter, esclamaba desatentado „ ¡O Dios, danos la luz, aunque pelées contra nosotros! " Sin duda que este infeliz guerrero se hallaba sin poder distinguir cuales eran sus enemigos, en la misma situacion que los oficiales subalternos de las divisiones americanas que ecsistian entonces en los estados de Oajaca, Puebla y Veracruz. Antes no se conocian mas que dos partidos, y todo el que no es realista és amigo, con cuyos esfuerzos se puede contar para la comun empresa; pero despues de abierta la escena de la anarquía, no se alcanza hasta donde llega el número de los enemigos, ni se sabe cual és su lugar. Un oficial subalterno que quiere obtener ascenso, no tiene mas que matar ò sorprender à su gefe y llevarlo al otro lado de los competidores, seguro de que será premiado y su presa sufrirá la muerte. Este és el lance en que se vió D. José Antonio Perez. La palabra traidor se aplica por todas partes; y sin que se pueda adivinar el motivo, servicios prestados de buena fé à la causa de la Patria, son reputados por crímenes de perfidia. El compas con que se representa todo esto, por supuesto, lo dán los realistas: estos llaman rebeldes, cabecillas y alzados à los insur-

(1) Desde ahora digo que no ha sido en la traduccion latina de Homero por el Padre Alegre, ni en la francesa por Madama Dacier, para ahorrar el trabajo de que tengan que decirme que no sé latin ni frances.

gentes, pues así llamarémos á nuestros rivales; aquellos tienen la barbarie de pasar por las armas à los prisioneros que hacen, pues no esperen otra suerte los que no se han apresurado à venir à engrosar este bando, desde el primer llamamiento. Diganme los que han visto perecer al infeliz Arrollave en un patíbulo, à Perez sumergido en un subterraneo, atormentado con prisiones y sogas, à un infeliz habitante del campo descuartizado por brutos en la plaza de Tehuacan, à Martinez asesinado en la costa de Veracruz; díganme, repito ¿hay ecsageracion en esta descolorida imágen que presento de la anarquía del año de 14? Pero si se inquiere el orígen de todo esto, ya está dicho: dos generales enviados sobre un mismo pais simultaneamente, y el segundo de ellos, Rosainz, encargado segun decia de contrarrestar por todos medios al primero. Vuelvo à mi narracion.

Tomados todos los pasos por los realistas y por Rosainz, se dirigió el general Rayon para Zacatlan, à quien no seguí por una casualidad en que no negaré que tuve culpa, pero ya se ha visto que no fué con el designio que entonces se me imputó; y esta casualidad ha sido la mas desgraciada para mi, puesto que por ella hube de caer bajo el poder de Rosainz, del que no me pude librar sin las mas violentas diligencias. Reuní un número considerable de dispersos, y cuando me hallaba mas perplejo sobre el destino que deberia darles, llegó al lugar de mi residencia una partida que conducia preso al coronel Herrera, quien encargado por el general Rayon del mando de la Misteca, habia formado un atrincheramiento en el cerro de Cilacayuapan, en el que supo sostenerse contra un ataque de los realistas. Este gefe, ignorando las competencias que tenian los generales à 80 leguas de su campo, recibió amigablemente á D. Ramon Sesma, por quien fué aprendido y remitido à disposicion de Rosainz: no tuve mas que hacer para librarlo, que manifestar à sus conductores los peligros à que se esponian si se empeñaban en seguir adelante por un pais enteramente ocupado por los realistas: retrocedimos todos con direccion à Cilacayuapan, y terminadas las diferiencias de Herrera y Sesma, nos ocupamos en reforzar nuestro campo. Lo que sucedió allí en dos ocasiones que nos atacó el enemigo, es muy notorio, y para mi asunto lo que basta es, que se sepa que este mismo Rosainz que en su relacion me trata con tal vil desprecio, me juzgó digno entonces de la propuesta que hizo en mi favor para el empleo de coronel, y un escudo de distincion para mí y solos los sesenta hombres que obligamos al enemigo à levantar el sitio. Todo lo aprobó el señor Morelos.

Por la distancia à que se puso el general Rayon, quedaba en cierta manera Rosains dueño del campo y libre para darse à reconocer; pero ni él supo aprovechar esta coyuntura, ni otras circunstancias le eran favorables. En la Misteca donde yo me hallaba, acostumbradas aquellas gentes à no oir mas que los nombres de Morelos, Matamoros, Galeana, los Bravos, cuando se nombraba à Rosains, se notaba que no le entendian ni podian discernir si se hablaba de un gefe patriota ò de un compañero de Samaniego ó La-Madrid: por otra parte, es necesario reflecsionar que los mas de los patriotas se habian sublevado contra el gobierno español, siguiéndo la autoridad y el egemplo de personas, en quienes por razon de sus conecsiones anteriores habian depositado su confianza, y solamente à estos sabian seguir y obedecer: el soldado del general Galeana, por egemplo, no se creía obligado à obedecer sino à este, y no le parecía que hacia mal si rehusaba someterse à la autoridad de otro. Un influjo general sobre todos, lo obtuvieron muy pocos, y en el Sur ninguno, fuera de los señores Morelos y Matamoros. Si el primero se hubiera presentado en los lugares à que se envió à Rosains, instantaneamente se hubieran reunido tantos ò mas patriotas bájo una sola mano, como los que habian hecho temblar à Calleja, antes del descalabro de Valladolid. Estas eran dificultades para Rosains independientes á la verdad de su conducta, y que debió haber previsto el que le dió una mision tan ardua como la de reunir un egército batido y disperso, en el que no se habia presentado jamas con caracter militar; pero mediaban otras circunstancias que hacian sumamente escabrosa la marcha de Rosains, y así no es estraño, que cada paso suyo haya sido un desbarro. Para hacerse reconocer en la costa de Veracruz, invadió formalmente à cuantos con el titulo de patriotas servian en ella, y donde se encontraba un obstáculo en vez de algun arbitrio que pudiera aconsejar la prudencia ò la perseverancia, se enfurecía y metía mano à las armas. Entonces comenzó la guerra à muerte con el intendente Aguilar y con el desgraciado Martinez. Cada cosa de estas, requiere una esplicacion muy estensa que no tengo el tiempo de dar: no la necesitan los que se han hallado en este teatro de sangre, y los demas se enfadarán de particularidades tan odiosas por su naturaleza, y que nada les interesan; pero pues que Rosains me ha puesto en la repugnantísima tarea de escoger pasages selectos de su lamentable historia, diré solamente que para darse à reconocer de la fuerza que mandaba Martinez, no tuvo mas medio que la infeliz y atroz invencion de hacerlo citar à conferencia, à que asistío aquel incauto, creyendo que por lo menos

trataba con un racional, y mientras pasaba la amistosa conversacion, se hizo por órden de Rosains emboscar una partida de tropa en el camino por donde debia volverse Martinez, con órden de asesinarlo, como se verificó. Luego siguieron las esculpaciones comunes, de que habia pruebas de que se iba à pasar con los realistas &c.

El comandante Sesma de Cilacayuapan, à quien no pude amistosamente preservar de ingerirse entre los partidos beligerantes de la anarquía, me envió à Tehuacan con tropa y remontas de ausilio para Rosains. Encontré à este en el pueblo de Coyotepec en la situacion mas angustiada, porque Arroyo se había interpuesto en el camino, y le tenia cortada su retirada à Cerro Colorado, que quedó abierta con los refuerzos que yo conduje: observé sin embargo, que mi nuevo gefe no se tranquilizaba, y que tenia entre manos asuntos de mucha gravedad, que me ocultaba; pero à los tres dias se descubrió todo en Tehuacan con la llegada del infeliz Arrollave, quien fiado mas de lo que se debe en las órdenes y despachos, en tiempo de revolucion, tuvo el fatal candor de presentar à Rosains los que traía del Congreso para subtituirlo en el mando, con prevencion de que marchase el relevado à donde se hallaba aquella suprema autoridad. Cuando se vino hácia mí Arrollave sondeándome con respecto à mis disposiciones, le escusé todo rodeo y le pregunté con la mayor franqueza cuantos hombres le habia dado el Congreso para egecutar sus mandatos: me dijo que ninguno, y le aconsejé entonces que se volviera con sus papeles, manifestándole que yo me hallaba en tal situacion, que no le podia servir de nada. Este general se retiró en efecto despues de que vió prácticamente la insubordinacion de Rosains; pero à pocos dias lo condujo preso una partida, y despues de una sumaria que se le formó porque puso de su parte los medios que estaban à su alcance para que tuvieran efecto las órdenes del Congreso, fué pasado por las armas en Cerro Colorado; y para una total seguridad en esta egecucion, se me hizo salir de Tehuacan, destacándome con cincuenta hombres al pueblo distante de Huamantla. Aquí es el lugar de hacer un breve paréntesis para preguntar: despues del asesinato de Arrollave ¿de quien recibe su autoridad Rosains? ¿Quien puede legalmente obedecerlo? Temo que quien me responda estas preguntas, pase adelante y me acuse de haber sido tan rebelde como aquel, todo el tiempo que tardé en deponerlo.

Mi comision en Huamantla se reducía al designio favorito de perseguir al coronel Arroyo, pero por fortuna no se habian pues-

to à mi disposicion las fuerzas necesarias, pues mi poca tropa de caballería escitaba el desprecio de los pueblos y la partida de Arroyo era numerosa y muy bien montada y equipada: tenia seguridad de que yo no lo atacaría jamas, pero mucha probabilidad de que él no andaría tan comedido conmigo: los realistas por otra parte tenian en aquel mismo terreno franco y despejado, fuerzas estacionadas y otras en continuo movimiento por sus convoyes à Veracruz. Rosains no conocia mi situacion ni era impelido por otra mira que la de cojer à los de Arroyo para fusilarlos y arrastrar sus cadáveres con potros, como ya lo habia hecho con un infeliz habitante de Tecamachalco, cuyas circunstancias merecen referirse.

Con motivo de haberse acercado una partida de Arroyo mas de lo que era costumbre con direccion à Tehuacam, espidió Rosains otra muy inferior al mando de un sobrino suyo, la que alcanzó à la primera, y tan pronto como fué el encuentro sobrevino la derrota con la muerte del sobrino comandante y de algunos otros: los que escaparon de aquel desastre, encontraron en su retirada unos caballos y efectos, que eran, ó les parecieron, de la pertenencia de la tropa de Arroyo; prendieron al dueño de la casa donde ecsistian aquellas cosas, y lo condujeron à presencia de Rosains, que atormentado por la pérdida de su sobrino, resolvió vengarla en la persona de aquel desventurado: este pudo escaparse para tomar asilo en la parroquia de Tehuacan, de donde fué estraido mediante la caucion de estilo, y no obstante ella, fué pasado por las armas y su cadaver arrastrado por caballos. La certidumbre de este hecho se asegura con el testimonio de toda la ciudad de Tehuacan, y cuanto se puede decir para escusarlo, se reduce à que aquel hombre sería partidario de Arroyo; lo que es improbable, porque nadie se tomó el trabajo de averiguarlo; y cuando así fuera, no es bastante el delito de ser soldado de un rival, para disculpar atrocidad tan feróz.

Desde entonces sospechaba Rosains que estaría de acuerdo con Arroyo, mirando que en tantos meses no llegábamos á batirnos, y él suponía que en esto habia grandes intrigas; pero ciertamente que para estar en paz con él, me bastó no perseguirlo, pues las persuaciones de todos los habitantes de aquellos pueblos lo indujeron à que me respetase, porque habian llegado à tomar el mas vivo interes por mí. Una vez sola se comunicó Arroyo conmigo para esponerme que no tenia municiones, y no obstante de que no juzgaba muy remoto que se usaran contra mí, le remití dos cajas. Con esto, con Osorno y todo cuantos habia por aquel

pais, se habria conseguido una cooperacion muy provechosa, si esto solo se hubiese pretendido Para estimularme Rosains à que obrase como él deseaba, se valió del pundonor militar: decia repetidamente que por cobardía no me batia con Arroyo, y con el lenguage mudo à que obliga la desconfianza, le contesté atacando al pueblo de Acacingo que era lo que estaba à mi frente para demostrarle que aquellos eran los únicos enemigos. Cuando me envió à Cuicatlan, unica espedicion que emprendió directamente contra los realistas, à los diez dias estaba de vuelta con mi pequeña division, despues de haber desalojado de aquel punto à los realistas. Digo que fué el único designio que formó contra el enemigo comun, porque en el de Acatlan, la tropa de Rosains obró como ausiliar, invitada por el señor Guerrero, y en el de Soltepec, en que se halló en persona aquel, fuimos batidos por los realistas, porque estos erraron sus cuentas, pues nosotros ibamos á las órdenes de Rosains contra Osorno, cuyo lance es digno de perpetua memoria.

Desengañado Rosains de que por cobarde, por intrigante ò por lo demas que él queria figurarse, yo no era á propósito para sus empresas anárquicas, puesto que en tanto tiempo habia guardado la neutralidad mas ecsacta; dispuso ponerse él mismo en campaña con cuantas fuerzas pudo reunir: hizo venir á D. Ramon Sesma de la Misteca con todo lo útil que habia por aquella parte, y por estos esfuerzos se vió con 700 hombres y dos piezas de campaña. Su verdadero designio de batir á Osorno lo tuvo oculto, y el pretesto de la campaña era atacar á 400 realistas que estaban en San Andres. Alucinado por este ardid, creí de mi deber decir lo que me parecia sobre las marchas que podíamos egecutar, para que aquellos no se pudiesen escapar del encuentro con nuestras fuerzas superiores; pero me admiraba de que se hacia todo lo contrario. Los realistas obraron como se debia esperar: cuando estuvimos á siete leguas de ellos, se retiraron por el camino de Puebla sobre Tepeaca; nosotros tomamos la ruta de Huamantla, haciendo unas marchas y unas detenciones que parecian concertadas de intento para nuestra ruina: á los diez ó doce dias, tiempo en que ya habriamos estado en nuestro destino, cualquiera que fuese, nos alcanzaron aquellos con una fuerza de 1200 hombres á tiempo que no habiamos previsto cosa alguna para aquel lance. Rosains no queria creer que el enemigo estaba en marcha sobre nosotros, porque no habian llegado los avisos de ciertos confidentes que tenia en el camino, y con no poco trabajo llegó

á persuadirse que una partida de descubierta estaba empeñada con el enemigo: entonces me envió á sostenerla con dos compañías de caballería, con intento de ganar tiempo por este medio: despues dió órdenes y disposiciones que no pude saber, y cuando me retiré á tiro de fusil de los realistas que avanzaban en batalla plena, me sorprendia ceder tanto terreno sin encontrar la division: pareció esta en fin, subiendo un cerro fragoso y muy estenso, en donde pensó Rosains sacar mayor ventaja de 400 caballos, que era puntualmente la arma en que dominábamos al enemigo: nuestra derrota fue cabal, y despues de ocho dias que llegué á Tehuacan con los dispersos, me encontré con la novedad de que se me atribuia en parte por no haber estado en el centro, sin acordarse que me habian enviado antes á la descubierta. Me he detenido en esta sucinta esplicacion, porque es puntualmente este acaecimiento del que se ha prevalido mas Rosains para mi descrédito: á cuanto dijo entonces, y diga en lo succesivo me es forzoso contestarle, que el hombre que sale de un escape con el caballo herido, y sin embargo no abandona á un infante tambien herido, á quien libra en la grupa, no debe suponerse muy preocupado del espanto.

Esta desgracia tuvo mayores consecuencias de lo que se podia esperar. Todos los patriotas se sublevaron contra quien no se ocupaba en otra cosa que en perseguirlos. Los de Veracruz, que habian estado por Rosains, le enviaron à pocos meses una acta formal, en que constaba la resolucion unánime de substraerse de su obediencia. Sesma se separó de él, cediéndole las fuerzas que habia traido en su ausilio: solo à mí, desgraciado, me tocaba soportar aquel odioso fardo. Mi posicion era espuestísima, porque Rosains de nadie desconfiaba tanto como de mí, y esta circunstancia me hizo velar ya sobre mi conservacion: despues del suceso de Huamantla ya casi no fuí empleado: un valido de Rosains que nunca habia sido militar, fué sacado de la pagaduría para substituirme en las espediciones de S. Andres y Huamantla, adonde no se queria que me acercase porque el Congreso me acababa de nombrar segundo de Osorno. En Tehuacan ó en Puebla se me formó un lazo que supe evitar: intempestivamente se me apareció un religioso de san Francisco con una carta del comandante realista de Acacingo, insertándome otra de Moreno Daoiz, ofreciéndome su proteccion. No sé si el padre obraba de buena fé; pero inmediatamente que tuve en mi mano aquella carta la puse en la de Rosains, y se sorprendió con mi determinacion: él deduce de aquí que yo tenia intencion de pasarme con los realistas; pero si esta hubiera si-

do cierto ¿ quien me lo habria podido impedir? Yo sospecho que él gestionó esta carta y que por defecto de sus precauciones, los realistas se valieron de otro conducto por donde llegó à mi poder antes que al suyo: la verdad Dios la sabe, y lo que acreditan los hechos es que no me indulté, y que en la desesperacion à que me habia reducido, me atreví à pasar antes el Rubicon.

Llegamos al postrer atentado y à la campaña que decidió de la suerte revolucionaria de Rosains: hizo todos los preparativos que estaban en su poder para reunir otra division como la que perdió en Huamantla, y aparentando que iba à obrar contra Orizava, nos pusimos en marcha con un tren muy respetable: los puntos todos quedaron desguarnecidos, y únicamente en Cerro Colorado se dejó un débil destacamento encomendado à un anglo-americano: quedo en rehenes allí mi hermano para asegurarse de mi conducta en la espedicion, pues aunque no llevaba un destino determinado en aquella division, ni yo mandaba el batallon del que se me llamaba coronel, nuestro opresor no omitia menudencia cuando se trataba de su seguridad. El servicio único que el mayor general me asignaba cuantas veces podia era el de gefe de dia, con el encargo de estár toda la noche montado à caballo. Luego que pasamos de San Andres, comenzaba à conocerse que no íbamos à obrar contra los realistas de Orizava, y el disgusto y la murmuracion que era consiguiente, debió ser advertida por Rosains, puesto que en la hacienda de la Capilla tomó por primera vez la medida de reunirnos para imponernos de sus designios: en la junta nos habló con calor de su justa causa, y aseguró tener órden espresa del general Morelos para aprender al señor Victoria y à todos los traidores de tierra caliente: recordó la subordinacion que deben prestar los militares, y concluyó recordando la pena de muerte que debe imponerse al que la quebranta. Esta ecsortacion produjo un efecto enteramente contrario, pues los oficiales escepto los de su partido, se reunieron en otro alojamiento y se mostraron tan descontentos que paró el negocio en una conspiracion formal que se iba à poner en práctica inmediatamente, si uno de ellos de mucho mérito llamado Arévalo, contra quien Rosains ha vertido horrores en su relacion, no se hubiera opuesto alegando que no era buena ocasion, y que adelante no podia menos que presentarse mejor.

Si no se supiera que Rosains obró en esta empresa con la ceguedad inseparable del furor y la venganza, se haria incomprensible porque habiendo otros caminos si no mejores à lo menos de muy corta travesía, y mas directos á los puntos que él se propuso invadir, escogió el peor de todos y la estacion en que las lluvias lo ha-

cen enteramente impracticable. Solo una conveniencia que es para él muy infamante, lo puede disculpar de una ignorancia crasa en aquella vez, y consiste en que estuvo estudiando los movimientos de los realistas para combinar su accion con la de ellos, como ya lo habia hecho contra el general Rayon en Omealca, y así tuvo para dirigir su invasion por momento oportuno aquel en que los patriotas de Veracruz estaban del todo empeñados en defender las posiciones del Puente: acaso no entraría esta circunstancia en sus cálculos; pero el hecho es evidente, y para lograr esta indigna ventaja atropelló tantos obstáculos, que al fin le ocasionaron su ruina.

Hasta la hacienda de la Capilla yo no hice otro papel, como llevo dicho, que el de un simple agregado : en aquel punto que comenzamos à pulsar dificultades en desfilar por la Sierra, mi representacion cambió al otro estremo: se me dejó una autoridad amplísima, pero únicamente contraida à los embarazos del momento. Aquí se dice que á solicitud mia se me concedió el mando de la vanguardia: puede que fuera cierto, pero la pretension era del todo escusada porque al lado de Rosains y en ocasiones como aquella, nunca obtuve otro puesto. La complicidad en sus empresas que con esta circunstancia quiere imputarme, muy pronto la van á desvanecer los hechos. Marché á la vanguardia con cien hombres: me seguia Rosains con el grueso desembarazado de cargas, de equipage, de parque y artillería, que se dejaron á retaguardia á cargo del capitan Arévalo con otros cien hombres. La primera jornada se hizo sin mas novedad que la division del centro la rindió con dificultad, y la de retaguardia no pudo reunirse: encontramos abandonado el pueblo de Chilchotla y un solo hombre que bajó del monte y nos habia sido de gran utilidad á los de vanguardia, presentado á las seis de la tarde à Rosains, fué preguntado por el motivo qué tenian los habitantes para ocultarse; y porque contestó que habia venido órden para ello del señor general de abajo, advirtiendo que Rosains era traidor, se ofendió esto de la respuesta y le dió una descarga de sablazos: no paró en esto el castigo, se ató al pretendido delincuente á un árbol, y presidiendo la egecucion el mismo Rosains, fué azotado tan bárbaramente que cuando la oscuridad de la noche permitió que la compasion de algunos lo favoreciesen, se le encontró inmóvil: la determinacion habia sido que el azotado pasase la noche en el lugar del suplicio. La órden de que aquel infeliz habló, era efectiva : la encontramos concebida en los términos mas injuriosos para Rosains : estaba firmada por el comandante Anzures y fijada á la puerta de la casa principal de aquel lugar ; pero conociéndose la condicion del sugeto á quien

agraviaba, se mandó hacer pedazos. En aquel pueblo se dieron órdenes encontradas, y al fin se resolvió no esperar mas la retaguardia porque esponia el lance de una sorpresa que como mira principal se buscaba. ¡Sorprender un pais en donde el primer pueblecito que se ocupa se encuentra abandonado y sin una onza de alimento para el soldado!

El dia siguiente marcharon casi reunidos el centro y la vanguardia: en el tránsito por el pueblo de Quimistlan, que hallamos abandonado, hubo en el centro otra ocurrencia de palos y golpes à uno de sus vecinos que tuvo la bondad de esperarnos: la lluvia fuerte fue incesante: campamos ya muy tarde en un lugar donde solo habia abrigo para los gefes superiores. Desde la hacienda de la Capilla en adelante, cada uno comia lo que se proporcionaba por sus particulares diligencias. A la entrada de la noche à tiempo que los aguaceros eran mas recios, se destacó la vanguardia para que amaneciese en Huatusco, que se decia distar cuatro ò cinco leguas, à sorprender y pasar por las armas incontinenti, á varios personages de todas condiciones, esto és, militares cuantos se hubiesen á las manos, á un empleado de hacienda con muy particular recomendacion, y á dos curas que habian firmado la acta de separacion. Los aguaceros, la escabrosidad de las montañas, y no sé si se podrá decir, la poca gana de andar para adelante de los que componian la vanguardia, pusieron obstáculos insuperables para que esta egecutase sus movimientos. A las dos leguas se hizo alto y sobre el terreno que cada uno ocupaba en una formidable cuesta, se dió órden que se pusiese como mas convenia para no mojar las armas y descansar á su placer; à la madrugada se prosiguió la marcha con algun descuido; pero á las diez de la mañana se aparecieron partidillas de caballería que hicieron conocer no se transitaba por pais amigo; lo que obligó á reunirse muy estrechamente y á marchar con la órden espresa de no hacer fuego sino á la defensiva. Así se caminó todo el dia hasta que á las seis de la tarde se acabaron las quince leguas en que se convirtieron las cuatro ò cinco que se habian supuesto. La vanguardia llegó á Huatusco sin pérdida de un hombre y aunque siempre fué observada por aquellos batidores, no hubo necesidad de disparar un solo tiro. El pueblo estaba como los que se habian pasado antes: ni un anciano, ni un enfermo se habian dejado sus habitantes en las casas que se abrieron rompiendo las puertas; no se encontró mueble ni efecto que pudiese servir para alivio ò alimento de huéspedes tan menesterosos. La noche se pasó esperando el momento en que el hierro y el fuego de hombres provocados venian á consumar lo que

ya tenian muy allanado el hambre, la inclemencia, las fatigas y el desaliento de unos infelices, que abominaban la causa porque tanto padecian.

Al medio dia siguiente llegó Rosains con muy pocos hombres en su comitiva: las tropas que formaban el centro se dispersaron: de la retaguardia no se tenia noticia desde el dia que la abandonamos; succesivamente fueron llegando otros oficiales y soldados, y los últimos dieron parte de que el camino estaba ya interceptado, y que los que faltaban habian sido hechos prisioneros por las partidas de caballería de Coscomatepec. A las cuatro de aquella tarde se presentaron estas à tiro de fusil de Huatusco à robarnos las remontas que estaban derramadas poi aquellas sabanas. Cuando ya no se dudó que este era el orígen de aquel movimiento desordenado que esperimentábamos todos, se me dio órden para que con la caballería disponible saliese à recuperar nuestros bagages: ya se deja entender el estado sobresaliente en que se hallarian nuestros hombres para estas operaciones. Salí en efecto; y empeñ mos un tiroteo con que se logró el fin en la porcion mas considerable de lo que se nos llevaba: vista esta facilidad aspiré à no volverme sin lo que faltaba, y desalojando à los contrarios, con una rapidéz que debió inspirarme desconfianza, de uno en otro punto me alejé hasta la famosa barranca que está situada entre Coscomatepec y Huatusco, llamada de Jamapa, pasando antes un puente de vigas que estaba sobre otra quebrada del terreno, sin la menor cautela. Los que perseguía aparecieron en muy superior número formados en batalla sobre mi derecha, y el puente de vigas estaba ya cortado por una partida de infantería: quiere decir que habia caído en el lazo que me fué preparado con mucha destreza por el célebre partidario Montiel, quien desde los primeros dias de aquella discordia, hostigado por el trato y desconfianza de Rosains, se había pasado con su ecselente escuadron á los patriotas de Veracruz; apenas reconocí mi funesta situacion, cuando se me avisó que Montiel solicitaba seguro para hablarme; me rehusé por primera vez con el pretesto de que no podia separarme de mi tropa, ni admitirlo donde estaba, porque dependía de Rosains: repitió la misma solicitud, y en vista de que á nadie de los que iban conmigo pareció bien mi resistencia, me presté al fin, y vino solo con la mas noble confianza en la amistad que habiamos tenido. Hizo alarde con mucha moderacion de tenerme en su poder, y me recordó cuanto habiamos hablado antes sobre Rosains, concluyéndo con la proposicion de que unidos lo fuésemos à sorprender à Huatusco: deseché esta

partido, como muy indecoroso por la ocasion, pues daba lugar à que se pensase que por temor de los peligros de que se habia cercado aquel, tomaba esa determinacion, y últimamente manifesté que aunque pereciera no lo abandonaba en aquellos instantes. ¡ Ah! Rosains que dice que omite muchas circunstancias ignominiosas de mi conducta, sabe con cuanta facilidad pude haber practicado esa noche con el ausilio de sus enemigos lo que con los mayores riesgos egecuté por mí solo poco tiempo despues. Que recuerde su situacion en Huatusco y me diga que recursos le restaban que oponer para frustrar las ideas de Montiel, si las mias se hubiesen concertado. ¿Donde estaba mas léjos de Cerro Colorado que era su único asilo, en Huatusco ò en Tehuacan? Y si quiere suponer que me detenia solo por falta de coyuntura, ¿ cual se me podia presentar mas favorable?

La conferencia terminó en que Montiel ofreció apartarse de Coscomatepec y restituirse à su antigua posicion de Maltrata, si Rosains prometia olvidarse de las ocurrencias anteriores, porque en la série de nuestra conversacion pude aumentar la desconfianza que ya tenia de los procedimientos de Anzures, de quien se decia que iba à pasarse con Rosains. Montiel me dió palabra de que trataría muy bien à catorce oficiales que nos habia hecho prisioneros con otros muchos soldados: me comprometí à dejar en libertad à los seis que yo le habia hecho en aquella tarde, uno de los cuales era el capitan Ruiz que actualmente sirve en el número 7 de caballeria, y otro era un administrador de rentas llamado Ordaz, contra quien Rosains estaba enfurecido porque al seguir à Montiel le habia llevado no sé que cantidad de dinero perteneciente à las rentas de su cargo. Al poner en libertad los prisioneros, tuve presente que si los llevaba à poder de Rosains, este segun su costumbre los pasaba por las armas, y los nuestros por represalia sufririan la misma suerte en Coscomatepec. A las dos de la madrugada dí cuenta à Rosains de lo que se podia dar de los raros acontecimientos de aquella tarde: de pronto recibió muy bien y mostró alegría del acomodamiento con Montiel, con lo que me dió lugar à esperar que el dia siguiente estenderia un seguro que yo debia remitir por un conducto convenido; pero todavía no me atreví á pedírselo abiertamente, hasta que él mismo reflecsionase que debia ser así. Todo parecia en calma al dia siguiente, cuando de improviso tocan la generala, me acerco à Rosains para saber el motivo, y lo encuentro rabioso y con las espresiones que en tal disposicion son naturales, decia: *que á él nadie lo engañaba, que era incapaz de capitular con rebeldes, y que queria parecerse á Cárlos 12 rey de Pru-*

sia. (2) Nada mas quise saber porque ya se comprendia todo, y fué segun supe despues que un teniente de caballería que fué mozo de Rosains, se halló la tarde antes en mi partida, en la concurrencia con Montiel, y sospechando que era malo todo aquello de que no se le hacia partícipe, dió malísima idea à su amo de mi conversacion de dos horas con aquel, y mucho peor cuando este llegó à imponerse de que Ordaz habia estado en posibilidad de ser sacrificado à su venganza. Todo el mundo se puso en marcha, y ya me lisongeaba de quedar olvidado, cuando recibí órden por un ayudante de ponerme en este lugar pegajoso de la *vanguardia*. Entonces por lo menos no lo solicité, pues deberá tener presente Rosains, que à mi escusa de estar muy estropeado y sin caballo en que montar, me contestó enviándome el hermoso caballo prieto de Arroyo, á cuyo particular favor debí ese dia la preservacion de mi ecsistencia: partí que no hubo remedio. He aquí un compromiso sério para un hombre. Ni como amigo, ni como enemigo de Rosains me convenía que se batiera aquel dia. Si es lo primero, ¿ como se puede dejar de ver que este corre à su total ruina, ofuscado por ese vértigo que le hara cometer tantos desaciertos en su vida, mientras no se cure de ésa rabiosa sed de vengarse? De los 700 hombres con que salimos de Tehuacan, quedan presentes en Huatusco poco mas de 200 de toda clase de armas y pertenecientes à todas las compañías: no hay hombre que desde la hacienda de la Capilla hasta allí haya encontrado para comer la cuarta parte de una racion, y sin los plátanos verdes, alimento à que no están acostumbrados y que son tan escasos, uno solo de ellos no podria ecsistir: las municiones contenidas en las cartucheras están reducidas à pastas por los aguaceros: un solo cajon del parque no se ha traído de la division de retaguardia de la que no se tiene ni aun noticia: el dinero, el equipage, las provisiones, la artillería, todo se ha perdido, porque aun cuando los enemigos no hayan llegado á tomarlo, no se cuenta con arbitrio ninguno para levantar tanta cantidad de muebles y sacarlos de ese laberinto de desfiladeros que los aguaceros han convertido en cascadas intransitables. ¿ Se puede dar derrota mas completa? Pues no habia quien se atreviera á decirle á Rosains, estamos derrotados. Es verdad que aquellas tropas no han entrado en accion, que era lo que él decía; pero sin embargo, las ha derrotado el enemigo mas destructor que hay para todas las tropas del mun-

(2) Todavía no consta en la Aguila si Rosains ha salido del equívoco en que vivió en la revolucion de tener à Carlos XII por rey de otra comarca menos septentrional.

do, que es un gefe ignorante y temerario. Despues de manifestar á Rosains en el tono que podia, la incapacidad en que se hallaba de proseguir toda empresa ni paso alguno que no fuera para evacuar prontamente aquel terreno uniéndose á la retaguardia y salvar lo que le habia quedado, me acerqué á Guevara para que con su influencia hiciese valer mis reflecsiones; pero nada fué bastante para llamar á la razon á un maniático que á todo saca á Carlos 12, sin poder imitar cosa alguna de este conquistador que no sea su espantosa obstinacion. Decia entonces *que Montiel era un sansculote despreciable: que importaba batirlo antes de que el general Victoria pudiese venir del Puente: que si él hubiera ido la tarde anterior no se habria perdido el tiempo en parlamentos.* En estas discusiones llegamos al paso de Jamapa sufriendo fuertísimos aguaceros.

En el terreno volcanizado por la mayor parte plano que media entre los pueblos de Huatusco y Coscomatepec, à la falda de la cordillera del pico de Orizava, se encuentra una quiebra de no menos de 300 varas de profundidad por donde corre un torrente de aguas: las veredas que de un lado y otro conducen á él son muy angostas y tortuosas: la barranca en su ancho superior está mas abierta que el alcance del tiro de cañon, pero cerca del fondo disminuye la anchura hasta reducirse al cauce de las aguas, y este és bien estrecho. El que quiera defender este paso tiene que situarse en la orilla de que és dueño, y con parapetos à prueba de fusil en las vueltas que hace el camino, se ha proporcionado cuantas ventajas son apetecibles, seguro de que la artillería enemiga que se situe en la orilla opuesta le pueda ofender, por estar del todo debajo de su tiro. Estas simples precauciones estaban ya tomadas cuando llegamos con Rosains al punto de que voy hablando: à su aspecto parece que se mitigó el ardor de aquel, pues se tomaron disposiciones para campar en la orilla: en una suspension del aguacero se apeó, y pudo escuchar por nuestra desgracia que desde el otro lado le decian à gritos que era un *bárbaro sanguinario, enemigo de los americanos &c. &c.* y no pudiendo sufrir tan urbanas salutaciones, se ecsaltó hasta perder todos los sentidos: ataque, ataque se hizo repetir à todos los oficiales: *avancen antes que vuelva el aguacero: aprovéchese este veranito* he aquí las voces de mando en aquel treméndo lance. Fiallo, Andrade, Guevara y los oficiales aun mas adictos á Rosains se asombraban de aquella determinacion; querian hablar, discurrir ó preguntar como se pasaba aquel rio, como se marchaba por el otro lado; pero nadie era escuchado, y à fuerza de improperios todos fueron empujados hasta la orilla del rio y bajo las descargas de los contrarios: encontramos las ruinas de un

puente, y à su pie un arbol atravesado y sumido del todo en las aguas: aquella valiente infantería empezó à pasar por el árbol, para lo cual cada hombre tenia que abrir las piernas, atravesarse en él y con las manos escurrirse para el otro lado; algunos fueron arrebatados por la corriente; sea voluntad ò fuerza à mi me tocó mi predilecta vanguardia: mis ganas de batirme se pueden inferir de la oportunidad de nuestro campo de batalla y de nuestra estrategia tomada de estas fieras que para embestir de frente cierran los ojos; allí las manifesté muy bien abrazándome por despedida de D. Martin de Andrade, à quien hice volver con cuantos quisieron. Rosains me ofreció pasar con toda la caballería para el momento en que desalojando à los que estaban en los parapetos llegásemos á la llanura; pero no hice caso de semejante oferta, porque el trabajo que me habia costado pasar el prieto, me mostraba que él se reservaba como debia ser, lo que era del todo imposible. La infantería hizo prodigios: de uno en otro parapeto, en espacio de hora y media los tomó todos; no obstante de que el *veranito* se habia cambiado en aguaceros desechos. Al llegar á la otra orilla en la llanura que sigue, encontramos á nuestros contrarios montados en sus caballos y formados en líneas interrumpidas: el total de la formacion venía á ser como un semicírculo al rededor de la salida del desfiladero que nosotros llevábamos. He aquí llegado el momento de oponer la caballería que conducia Rosains á retaguardia; pero se hallaba del otro lado del rio, y antes se habia retirado al llano donde se veía formada en ála. La infántería así abandonada se quiso reunir todavía un momento, pero de todas partes se gritaba: *ya no tengo cartuchos, mi fusil y mis cartuchos están mojados:* los contrarios tocaron á degüello y á todo galope avanzaron sobre nosotros, y se consumó la derrota mas espantosa. Parece que los vencedores abusaron de la victoria: cuando cargaron no encontraron resistencia, y sin embargo hubo algunos muertos. El capitan Cabadas (3) recibió once heridas de sable que lo dejaron del todo

---

(3) D. Matias Cesareo Cabadas, natural del Sanjon en la costa del Sur, se educó allí mismo, y de consiguiente con mucha rusticidad. Salió à la revolucion en la division del señor Galeana, cuando à penas sabia leer: aprendió en ella à escribir, elementos de aritmética y geometría, y se aficionó à la lectura en término que llegó à hacerse un hombre culto. En esta malhadada accion perdió la mano derecha: en la nariz y un ojo recibió un sablazo: era de muy agradable figura y quedó deforme. No obstante la pérdida de su mano, discurrió la construccion de un resorte para tomar la pluma, y escribia con mucha regularidad: en el departamento de marina de San Blas adonde se refugió despues del año de 1817 subsistía del egercicio de la pluma: despues de la

desfigurado: los mas quedaron prisioneros y la caballería nuestra que no entró en accion y quedó á cargo de Rosains, por la fuga intempestiva de éste, se pasó al lado contrario: yo escapé de aquel desastre con los trabajos que son consiguientes en semejantes lances: por no ver mas á Rosains me hubiera dejado hacer prisionero, pero le temia à Montiel por el compromiso del dia anterior pues en vez del aviso de composicion, el furor de Rosains y mi mala estrella, hicieron que le llevara un cuerpo de tropas para atacarlo: repasé el rio atado à una cuerda de la que tiró del otro lado un hombre à caballo. Se reunió despues un sargento mayor íntimo de Rosains que lloraba las pérdidas de aquel dia, y porque le dije que se consolara pues siempre habia ganado la Amèrica, lo que aludia à que los contrarios no eran realistas, interpretó torpe ó maliciosamente mis espresiones, y me acusó de alegrarme de los reveses de su amo, lo que segun se me dijo produjo un propósito en Rosains de matarme en primera ocasion. Este con unos cuantos oficiales de su confianza salió de Huatusco antes de amanecer, abandonándonos sin órdenes ni aviso del camino que seguía: à las diez de la mañana evacuámos el lugar como cincuenta hombres unicos restos de setecientos que salieron de Tehuacan para está memorable jornada: seguimos por el camino de Chichiquila que supimos llevaba Rosains abandonando la retaguardia, que por este cambio de direccion se vió precisada à rendir las armas y à entregar el dinero, municiones artillería y equipages que conducía: ya se ve que por este movimiento sellamos el testimonio mas auténtico de nuestra gran sabiduría en las marchas: hasta ahora no sé porque se hizo este rodeo aunque alguna razon era la seguridad personal de Rosains. En la hacienda de Tepetitlan encontramos à Guevara con una compañía de caballería, algun dinero y víveres: se temia que por allí nos diese el último golpe Arrollo; pero la procesion fúnebre de nuestra retirada siguió tranquila hasta que pasamos de San Andres y una division realista marchó de noche para sorprendernos: tuvimos la buena fortuna de que no tuviera todas las noticias necesarias para dirigir su movimiento, que ter-

---

independencia lo hizo el general Iturbide por la mediacion del señor intendente D Ignacio Martinez, comandante del resguardo de Acapulco donde ha muerto hace seis meses muy jóven y dejando una viuda. El valor, la dulzura, el trato, la humanidad y la aplicacion à instruirse, eran las cualidades que hacian tan apreciable á este joven, que ascendió en la revolucion desde la clase de sargento hasta la de teniente coronel de infantería en cuya arma adquirió conocimientos sobresalientes.

minó en otro punto distante una legua del qué ocupábamos.

¿Se puede concebir que despues de esta total desecha pensase Rosains en continuar su guerra fratricida? Cuantas órdenes dió y cuantas disposiciones tomó, fueron dirigidas invariablemente à este fin, con sola la diferencia de que las hostilidades ya habian llegado à las puertas de Tehuacan, pues la caballería que he dicho que se pasó en la accion de Jamapa y era la del mando de D. Ignacio Luna se restituyó à su estacion ordinaria de Istapa para incomodarnos de muy cerca, y un esfuerzo último hecho por Rosains proporcionó una partida de caballería que se pasó à mis órdenes con el intento de batir à Luna ó engañarlo: hecho esto, debia por el tenor de mis instrucciones, ocuparme en impedir el transporte de semillas de San Andres à Huatusco y Coscomatepec, y si la suerte lo proporcionaba hostilizar con mas seriedad à Montiel y Anzures.

Todos los escesos tienen un límite del que no es dado á nadie pasar: hasta aquí ha encontrado Rosains armas, dinero, soldados y oficiales que emplear en sus contiendas méramente personales: un año y siete meses hace que está ocupado en atacar á los patriotas con escándalo universal y en provecho solo de los realistas. Los infelices patriotas reunidos por la suerte en Tehuacan, y que solo han consagrado sus penosos servicios al obgeto santo de la libertad de la Patria, encorbados bajo el yugo de Rosains son arrastrados como siervos á verter su sangre en las criminales empresas de un frenético ambicioso, cuyas banderas fueron para siempre abatidas por su ominosa fortuna. ¿Por qué peleaban? ¿Por qué se abusaba tanto de la subordinacion que solo debian prestar para el fin unico de salvar la Patria? ¿Con que derecho se pretende hacerles sufrir tantas desgracias por sostener solamente *la legitimidad* de un despacho espedido por el capricho en favor de un hombre nunca visto en las filas, y que de la sospechosa antesala de los cortesanos ha partido al campo de batalla á volver la espalda siempre al enemigo? El Congreso, despues de que Rosains ha pasado por las armas al que fué nombrado para succederle ¿que providencias ha tomado para terminar la anarquía? ¿Que puede hacer para reprimir á un rebelde que solo por la fuerza será reducido? Toda comunicacion era prohibida: en Tehuacan se velaba mas para impedir la correspondencia con los patriotas de cualquiera otra parte, que para obstruir la de los realistas; ¿pues como y de donde se esperaba un remedio? La situacion de Rosains, por otra parte, llegó à ser peligrosísima: sus capitales enemigos menos lo eran los realistas que los mismos americanos, ¿con quien era mas probable que pu-

diese transigir? ¿Que recurso le restaba si no era el de echarse à los brazos del gobierno español, pasándose con los que quisiesen seguirle, despues de sacrificar à los que se hallaban en el caso de oponerse à su designio?

Un sin número de reflecsiones de esta clase se tuvo presente en una junta de oficiales que se formó en el pueblo de Istapa: yo dije francamente que estaba resuelto à terminar la anarquía á cualquiera costa, sin esperar otras providencias ni ausilios, porque estábamos abandonados de todo el mundo, y que suplicaba se me propusiesen los medios: no hubo quien no espusiese el único que habia quedado; pero con la circunstancia de que todos opinaban por la muerte de Rosains. Quedó acordada su deposicion, que se verificó sin el menor estrépito aquella misma noche: un simple oficio qué se pasó al comandante de la infantería para que redujese toda su tropa al cuartel y se mantuviese à la defensiva hasta el otro dia, allanó todos los abstáculos; y otro oficio dirigido al comandante del Cerro, participándole lo ocurrido, uniformó el movimiento que nos puso en paz con todos los patriotas.

Suplico à los que hayan tenido la paciencia de llegar à este punto de mi narracion, que al leérlo se representen cual es la naturaleza de estos grandes desórdenes sociales, que se llaman revoluciones, y que reflecsionando por la serie de hechos que llevo referidos cual es el caracter de esta en que me hallaba envuelto inculpablemente, deduzcan con imparcialidad el conocimiento de mi crítica posicion en lances y sucesos terribles en que tanto tiempo he estado comprometido. Nada tengo que ver con el orígen de las disensiones entre Rosains y los patriotas con quienes estuvo en guerra abierta por tanto tiempo: ni el mismo Rosains tan cruel é inconsiderado en inventar acusaciones contra mí, se atreve à hacerme la de que yo haya cooperado á producir esta discordia abominable, que solo pudo acabar en el mismo instante que su autoridad en Tehuacan. Por el término de mas de un año se pusieron à mi disposicion tropas para sostener sus pretensiones de superioridad de mando sobre los patriotas, y he sido impelido por sus ordenes con el mismo ardor que à él se le ha visto obrar al fin de batirme con ellos; y dígase, no ya por lo que consta en este escrito, sino por lo que se lee en esa relacion que ha presentado mi enemigo, si hay un solo acaecimiento por donde se me pueda hacer responsable de la sangre que Rosains ha hecho derramar en sus escandalosas contiendas. El mismo ha dicho y con razon que yo nunca fuí su amigo, que siempre le parecí disimulado; pero ¿quien no lo es à la vista de los patíbulos, cuando para ser sacrificado en

ellos basta la menor indiscrecion? ¿Se quiere saber lo que en esta parte ha sido Rosains? Pregúntese á esa infeliz muger (4) que por una murmuracion insignificante fué condenada á recibir bofetadas de 200 hombres que estaban de guarnicion en Cerro Colorado, y á sufrir despues una mordaza inmunda con escrementos. Véasele en su caballo hollando el cadaver ensangrentado de Martinez, apurando un placer que la venganza ha creado esclusivamente para un corazon como el suyo: oiganse las órdenes que da para aherrojar à D. José Antonio Perez: ponerlo en un subteraneo que estaba en las prisiones de Tehuacan, y prevenir muy especialmente que se le atara una soga al cuello, inutil para su seguridad pero muy oportunamente inventada por ese refinamiento en atormentar á un tiempo todos los sentidos. Véasele en el acto de pasar por las armas al teniente de artilleria Olavarrieta, por el hecho único de la fuga de Perez (5) á la que no coadyuvó positivamente ni era tampoco responsable de su seguridad; y por no alargar demasiado esta esposicion, reflecsiónese hasta que grado llega el furor de un hombre que por motivos tan leves decreta el incendio de un pueblo tan considerable como San Andres, sin conceder à sus habitantes otro plazo que el de hora y media para que salvasen lo que pudiesen de sus efectos y abandonasen sus hogares. (6) Cuando

(4) No tengo presente el nombre de esta miserable que se hallaba actualmente en Mégico y se presentaba los mas dias en el ministerio de la guerra à solicitar una viudedad para su hija que fué casada con el teniente Marmolejo.

(5) La fuga del señor Perez se verificó en uno de los dias de semana santa en que los oficiales de guarnicion del Cerro bajaron à Tehuacan, abandonando el servicio para asistir à las festividades. El teniente Olavarrieta que tenia la desgracia de no gozar de mas placeres que el de la embriaguez, se quedó en el Cerro por su gusto y sin que obligacion ninguna lo retuviera allí: vivia como separado y oculto del resto de la guarnicion, y cuando lo fueron à prender ignoraba la fuga; la separacion de los otros oficiales y el abandono en que estuvo el fuerte, del que se dijo que debia haberse encomendado en ausencia de aquellos por los deberes comunes de un oficial, y bajo tal suposicion fué fusilado con otros sin la menor formalidad ni averiguacion.

(6) El comandante realista Marquez sorprendió completamente à un destacamento de 40 hombres de caballeria que por órdenes de Rosains situé en San Andres Chalchicomula: segun los términos en que ocurrió este lance no debió librarse ni uno de los que componian aquella partida, pero gracias à la humanidad de los vecinos de aquel pueblo que ocultaron en sus casas à los que salieron por los corrales y azoteas del cuartel sorprendido, sucedió todo lo contrario, y la pérdida de hombres se redujo à muy poco número de los que estaban de guardia y se detuvieron haciendo alguna defensa: hasta caballos y armas tuvieron el arrojo de salvar aquellos vecinos; à dos soldados patriotas los ocultaron en el monumento que estaban poniendo para la festividad del jueves santo. Cuando llegó à mi noticia esta desgracia en el pueblo de

se hayan formado ideas sobre este cúmulo de circunstancias que me han rodeado; y el hombre con quien la suerte me ha puesto à contender, és cuando conviene ecsaminar si mi comportamiento no ês el dèl hombre de bién reducido al estremo de apelar à la

---

Tlacotepec, ya Rosains desde Tehuacan habia hecho marchar al doctor Velasco con alguna infantería y una reunion de oficiales sueltos y otros aventureros para incendiar al pueblo por la suposición antojadiza de que sus habitantes habian cooperado al golpe de mano que por un órden regular en la guerra dieron los realistas: con Velasco marchaban uno ó dos eclesiásticos que debian consumir las formas consagradas que hubiese en el templo, y à la ruina por el fuego debia preceder un saqueo general. Todó se egecutó con puntualidad, pero por fortuna la espedicion de Velasco que tenia un pie en el estrivo por la prócsimidad de los realistas, apresuradamente aprovechó el tiempo para robar y cargarse de despojos, y por despedida aplicó el fuego malamente en algunos edificios con la particular atingencia de ponerlo con mayor empeño en la colecturía que és el mas espacioso y revozaba de semillas que se conducian á Cerro Colorado ò se vendian en beneficio de las tropas de Rosains, de manera que estos furiosos no vinieron sino à pegar el fuego en su granero, y despues de cargar algunas carretas con la ropa y muebles de las familias de San Andres, desaparecieron dejando un bando en que se imponía pena de la vida al vecino de aquel pueblo que morase en su propia casa. Como los sorprendidos pertenecian à la tropa de caballería que yo mandaba, se dirijieron à donde ella estába: les hice declarar formalmente sobre cuanto habia ocurrido, y resultó que ninguno de ellos escapó sino por un favor particular de algun vecino: remití las declaraciones à Rosains, quien arrepintiéndose de su atroz ligereza me ordenó que pasase á San Andres à remediar lo sucedido del modo posible, y que dando seguridades, hiciese que aquellas gentes volviesen à sus hogares: nunca estuvo mas pronta mi obediencia, pero debo decir que los agraciados no tuvieron alguna confianza sino despues que les ofrecí batir à Velasco si se presentaba de nuevo. Este comisionado, íntimo amigo de Rosains, lo acusaba de torpeza por la conducta que observó en esta vez: decia que à él que le era tan adicto le habia ordenado la destruccion de un pueblo, y á mí que le era sospechoso me dió lugar para acreditarme haciendo el papel de Salvador del mismo pueblo. Así sucedió efectivamente, y apreciaría yo que para vindicar Rosains su prudencia, dijese que la tuvo cuando à Velasco y à mí nos ordenó cosas que respectivamente debiamos egecutar con mayor propiedad. Si hubiese sido otro pueblo, Rosains tal vez se hubiera detenido en algo para ordenar su destruccion; pero es cosa bien conocida de los que lo tratábamos entonces el odio particular con que miraba à San Andres, donde tengo entendido que pasó algun tiempo de su juventud, y para cuya ruina se buscaba ocasion seis meses antes. Así como ahora dice en una de las Aguilas (número 315) que baste saberse que el general patricta Arrollave habia sido español para descargarse del frio asesinato que cometió en su persona, así bastaba entonces ser habitante de San Andres para sufrir con un singular gravamen las calamidades de la guerra en cuanto dependía de Rosains. Su mal humor se concentraba contra determinadas familias: la de los Aguilares padeció vejaciones cruelísimas: en un rapto de estos humores se les despojó de catorce mil pesos en jabon, cantidad que muy minorada por las ventas que ya se habian hecho, tuve que restituirles luego que Rosains fué depuesto.

fuerza y la energía en estos momentos en que vanamente se buscarán otros medios. El abuso de la fuerza és el que en estas ocasiones se reprueba justamente, pues creo que no se me podrá convencer de haberme propasado à mas de lo muy necesario, y Rosains que tanto afeó la revolucion con sus violencias y tiranías, no será el que me acuse de haberlo imitado en esta vez: cuando estuvo depuesto no quise abrogarme el derecho de juzgarlo; si me hubiera guiado por sus egemplos, yo era para él un juez tan competente, como lo habia sido él para con Arrollave: esto és, un vencedor donde no hay mas ley que la voluntad de este dirijida por su propia moralidad y principios, ¿y se puede hacer el cotejo de mi conducta con la de Rosains? Este por venganza ó, à lo mas, por atender cobardemente à su propia seguridad, sacrifica à un hombre inerme que no tiene mas medios para hacerse valer, que el despacho de un mal-obedecido Congreso, situado à centenares de leguas; y yo desprecio mi seguridad personal, me aventuro à una ruina indefectible por no mancharme en la sangre de un hombre que tiene armas, soldados acostumbrados à obedecer ciegamente sus órdenes, partidarios interesados, y proteccion hasta en el mismo Congreso: me limito à deponerlo unicamente y deposito su persona en lugares en donde yo no mando y tengo poca ò ninguna influencia. Cuando me lo devuelven de la comandancia general de Veracruz, lo dirijo al Congreso (7) posponiendo infinidad de peligros y dificultades, recomiendo su ecsistencia que de otro modo no respetára Arroyo. Calzada ni otros de sus mas implaca-

(7) Al Congreso y al general Morelos se les dió cuenta de lo acaecido en Tehuacan desde mi reunion con Rosains hasta la prision de este: se acompañaron algunos documentos que debian obrar en su causa; y es muy probable que habiendo tomado los enemigos los equipages en Temalaca, pasaran aquellos papeles al archivo en que se conservaban en el vireinato algunos de su clase, donde puede ser que los hallen ó el señor Bustamante ú otros que se dediquen à estas investigaciones para escribir la historia. La representacion al Congreso quise que tuviera un epígrafe en latin, y como no entiendo este idioma, encargué à los doctores de la universidad de Cerro Colorado que eligieran uno à propósito, y pusieron este que me parece lo sacaron de la Eneida de Virgilio

Oramus: prohibe infandos á navibus ignes
Parce pio generi et propius res adspice nostras.

Los mismos doctores sacaron de Iriarte la traduccion que, si mal no me acuerdo, dice así:

Reprime los que intentan inhumanos
Incendiar nuestra flota, y compadece
De este pio linage los quebrantos.

bles enemigos. Le di lugar á que sedujera à Osorno, quien iba à franquearle sus tropas para obrar contra mí, lo que me obligó à retrincherarme en frente de San Andres en la hacienda de Santa Ines, punto en que los realistas podian atacarme con ventajas incontrastables, y por último, este procedimiento moderado le proporcionó la ocasion de pasarse vergonzosamente con los realistas à ofrecer sus conocimientos é influencia en contra de los patriotas. Yo emplacé el lugar en que se debian ecsaminar sus procedimientos y los mios: ante la autoridad competente que entonces habia para él y para mí, quise que se ventilaran nuestras contiendas, ¿por que prefirió irse con los realistas? ¿No valia mas haber espuesto sus razones ante jueces patriotas, que el vil partido de ponerse à dar informes por escrito (8) à Calleja, dando à conocer las veredas de Cerro Colorado y el flanco debil de todos los patriotas, de cuyos gefes, sin esceptuar uno, hizo abominables descripciones? En la relacion se dice que para defender su vida de la escolta que lo conducía, tomó el camino de Mégico; pero esta es una cosa muy mal pensada, porque si hubiese habido designio de quitársela ¿para qué reservar la operacion hasta las inmediaciones de Chalco? Al tránsito por San Andres, la escolta no hizo movimiento ofensivo á su vida, y sin embargo intentó fugarse. La verdad es que D. José Osorno fué seducido por Rosains hasta el estremo que he dicho, y cuando por mis instancias lo puso en marcha à presentarlo al Congreso, recomendó escesivamente la comodidad y buen tratamiento del reo hasta el punto en que este pudo abusar, cuando le pareció que estaban mas inmediatos los realistas para favorecerse entre ellos.

Aunque mi designio no era ocuparme de la relacion histórica de Rosains, no puedo omitir algunas reflecsiones con que terminaré este escrito. Hay cosas bien estraordinarias en este mundo, y

(8) Vi este informe en Tehuacán y no puedo conservarlo despues de tantos estravíos que he tenido; pero no desespero de conseguirlo. O no eran hombres los realistas ó debieron recibir con indignacion semejante pieza: ella por otra parte les era inutil, porque les ministraba muy pocas ideas militares. El modo con que decia el autor que se podia tomar à Cerro Colorado era dirijiendo ataques por sorpresa por dos veredas que él dejó y ya no ecsistian: se proponía con modestia para dirijirlos. Calleja no hizo aprecio de estos avisos; solamente Márquez Donallo creía tener en ellos las puertas de aquel fuerte. En lo que se puede congeturar que serviría Rosains, si quiso, seria en dar à conocer à Calleja el camino que debia traer el general Morelos en la marcha en que fué cogido, porque entre los papeles de aquel encontré uno de mucha reserva en que se le comunicaba el proyecto del viage.

parece que hemos dado con una de ellas. ¿ A que fin escribir esa relacion histórica ? Para arrancar del olvido hechos que el debiera sepultar eternamente: para que sepa el público derrotas y desgracias que no pueden producir gloria ninguna: para hacerle saber que el autor fué batido tantas ocasiones cuantas en el campo de batalla esperó los favores de la fortuna: para darle conocimiento de que vivió en guerra universal con todos los patriotas: de muertes que malo es haberlas egecutado, pero infinitamente peor solicitar la justificacion y aun aplauso del público. Lo primero es un hecho aislado que daña à la humanidad en cuanto la priva de séres racionales útiles por sus facultades, por sus servicios, que faltan à sus familias, á sus amigos; que tienen derechos à la vida lo mismo que Rosains, el megicano y el turco; pero el egemplo es como privado, y en nada semejante à esta leccion y escándalo público con que Rosains dice en sus impresos, maté á mis enemigos, calificando delante de mí mismo los hechos de que yo mismo fuí acusador: me constituí su juez porque habia revolucion, y ahora que se me disputa todavia la razon que pude tener, escandalizó à los hombres diciendo: (véase la Aguila número 315) „*Sépase que el infeliz inmolado á mi venganza era español*"; venid fieras capaces de imitarme, matad aun todavia à quienes os presenten igual pretesto; que no haya leyes: en revolucion todo es justo, la vida, la seguridad, y en fin, lo que se llama garantías sociales, son privilegios que la anarquía no reconoce sino en hombres de pais determinado y en determinadas circunstancias. ¡ Oh depravacion abominable de la anarquía ! La relacion históriea nos dice tambien que su autor ofreció al general Iturbide sus servicios, y que en sustancia este general le contestó que no lo habia menester para cosa alguna: otra igual carta se podia haber dirigido à Apodaca y Novella, y esto se llama colocarse entre la victoria. ¿ Y con cartas se satisfacen las obligaciones que impone la Patria ? ¿ Donde estaba Rosains cuando todos los patriotas buscaron gefes que los mandaran el año de 21 para volver à cargar à las tropas españolas ? En su estado se hicieron fuertes: en la hacienda de la Rinconada que es como su casa, se batió Hevia con el general Bravo: ¿ y le pareció que estaria de mas un dragon, un infante ó un artillero, que seria distinguido, puesto que habia llevado en otro tiempo un título de teniente general? Pero esperaría que el señor Iturbide con otro título igual le enviara un egército que mandar. Y cuando la libertad ¿ donde se halló este republicano ? Si no es por su relacion histórica, nadie hubiera sabido de su ecsistencia hasta que débilmente la hizo sentir en las convulsiones que desgraciadamente se

suscitaron en Tehuacan el año pasado, apareciéndose en San Andres à tomar parte en los complots de la anarquía, estando muy prócsimo à levantarse contra el gobierno de su Patria, si el mismo desorden revolucionario no lo hubiera embarazado. En la guerra de la independencia y en el movimiento de la libertad, hubo gefes, subordinacion y conducta; en esto no toma parte Rosains, porque como decia su íntimo amigo Velasco, *él no sabe mandar ni obedecer:* en las convulsiones de San Andres à que se inclinó, se proporcionaba la espantosa confusion en que le gusta ver á la sociedad, para atormentarla à su placer.

He presentado en este escrito hechos públicos y que los principales están referidos por Rosains: se ve su conecsion y la propiedad con que se esplican unos à otros, pero no he querido darles mayor claridad porque escribo forzado por Rosains y con una repugnancia invencible; así he suprimido circunstancias que si bien harian mas ecsacta la narracion y darian mayor conocimiento de las causas de ciertas particularidades, producirían tambien mas odiosidad en un asunto que ya tiene demasiada. No sé si me veré precisado à salir de esta reserva, porque mientras coadyuvo con mi conducta à las miras de los mas distinguidos patriotas, procurando establecer la concordia tan necesaria para la felicidad pública, y aplicándome à prestar alguna utilidad de presente à mis servicios, otros se ocupan en suscitar cuestiones en que ponen tanto interes como que de aquí esperan únicamente la adquisicion de algun mérito que no han podido ostentar por otro medio. Así no me puedo lisongear que será esta la última ocasion en que tenga que distraer la atencion pública; pero sí, en prueba de lo mucho que la respeto, no lo haré con motivos livianos, y siempre dando lugar à que se descubran à sí mismos los que me provocan. Entonces no tendré mas que referir hechos en que ellos mismos estén contestes, y cuya aplicacion se haga verosimil al caracter que han patentizado por sus propios pasos. Por egemplo, ¿de cuantas esplicaciones no me ahorra la paciencia de haber dejado que se estamparan en el Aguila estas palabras: „Quien sepa que Arrollave era un español, (9) y lea en mi relacion histórica sus delitos, à buen

---

(9) Poco importa para el caso el saber de donde era el general patriota Arrollave, pues ni aun esto es cierto, ó por lo menos no está fuera de duda lo que dice Rosains. En la revolucion no se decia tal cosa, y tengo el testimonio de personas mejor impuestas para decir que Arrollave era de Goatemala.

seguro........? Despues de tan noble escusa para un frio asesinato y del testimonio tan imparcial de la relacion histórica, no me resta que decirle al público ilustrado otra cosa que: *Véase aquí nuestro hombre.*

Jalapa de marzo de 1825.

Manuel de Mier
y Teran.